

UN CORAZÓN PLENO DE AMOR

Quizás, hace unos años, muchos años, la historia se movía por sentimientos.

Quizás, hoy en día, la historia se mueve por intereses.

Por más que las personas sigan experimentando sentimientos estos han quedado relegados ante los intereses.

No es que hoy se sienta menos que antes.

La sociedad nos ha ido haciendo saber como que los sentimientos deben estar subordinados a los intereses.

Esto nos ha ido llevando a unas relaciones más frías porque mucho más calculadas.

Parecería como que todo se mide por ventajas o desventajas.

Lo conveniente o inconveniente pasa por los réditos que se esperan obtener.

Los sentimientos están postergados.

En oportunidades manifestar o moverse por sentimientos implica ser catalogados de "sentimentalistas" que, indudablemente, posee connotaciones peyorativas.

Si tal epíteto se le endilga a un varón el mismo posee una carga peyorativa mucho mayor.

En ocasiones decir que alguien es un "sentimental" es expresar que esa persona es un iluso o un utópico o, por utilizar el lenguaje de los jóvenes, es decir que ese alguien, ante la realidad, "está pintado".

Este vivir ocultando los sentimientos ha llevado a las personas a vivir escondidos detrás de una fachada que, necesariamente, pone distancias.

Por ello, entre otras cosas, es que somos, prácticamente, desconocidos los unos para con los otros.

Si no conocemos los sentimientos de la otra persona ¿podemos llegar a conocerle verdaderamente?

En nuestra realidad de cristianos ¿podemos vivir al margen de los sentimientos de Cristo?

Parecería como que ello es un imposible.

Sin embargo muchísimas veces, al mirar a Cristo, nos quedamos en sus actitudes sin interesarnos por llegar a sus sentimientos.

Estos son la razón profunda de aquellas. Son el sustento de las mismas.

Las actitudes de Cristo son el producto de sus sentimientos.

Su coherencia pasa por el hecho de que, con certeza, podemos afirmar que actuó porque sentía de una determinada manera.

En Él las actitudes no son el resultado de determinadas coyunturas sino la manifestación coherente de sus sentimientos.

A pesar de esto estamos muy lejos de poder afirmar que Cristo fue un sentimentalista.

A nivel de Iglesia católica existe una devoción que nos introduce de lleno en esta realidad o, al menos, nos debería introducir y es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

No es para despertar sentimentalismos sino para ayudarnos a conocer los

sentimientos de Cristo que es la mejor forma de conocerle y, así, de vivirle mejor.

Adentrarse al corazón de Cristo es llegar a las entrañas mismas de quien ha venido " a traer fuego a la tierra".

Es llegar a lo profundo de alguien que está muy lejos de andarse con medias tintas o con posturas acomodaticias.

Alguien que reacciona con vehemencia ante todo aquello que aparta o distorsiona el proyecto de su Padre Dios.

Alguien que no duda en marcar su distancia con lo que puede ser alteración del amor y de la centralidad de la persona.

No es un corazón pasivo ante las injusticias de la realidad de su tiempo sino que, muy atento a ella, no duda en poner de manifiesto la raíz de las mismas.

Pero es, también, adentrarse en alguien que no duda en formular manifestaciones claras de su amor.

Ama y no lo oculta.

Ama y no lo niega.

Ama y no se refugia en ridículas poses como para disimular lo mucho que es capaz de amar.

Ama y no le teme a las consecuencias de su amor.

Podrá parecer una devoción perimida en el tiempo o un simple limitarse a la presencia de imágenes pero sería muy útil poder reflatar el auténtico sentido de la misma para ayudar a que, en el hoy, los sentimientos ocupen el lugar que merecen tener.

Padre Martin Ponce de Leon S.D.B